

La utopía cristiana, oferta y estímulo en la educación de los valores

FIDEL HERRÁEZ

INTRODUCCION

Me inserto dentro de unas reflexiones previas, teniendo en cuenta tanto los resultados del reciente cuestionario llevado a cabo en diversos centros lasalianos como el análisis comparativo más concreto de los valores reflejados en dicho cuestionario con nuestra sociedad actual, así como también la ponencia precedente de las relaciones en la comunidad educativa y la educación en los valores.

El objetivo que me propongo es que nos acerquemos desde una reflexión práctica y lo más honradamente que nos sea posible al mensaje de Jesús de Nazaret, para confrontar con él los valores, contravalores o ausencia de unos y otros, que están o no motivando y dando consistencia a nuestra vida de cada día. Se trata de cortejarlos con los valores evangélicos, como oferta capaz de dar sentido a nuestra existencia. Y esto es nuestra sociedad y momento histórico concretos.

Como presupuesto para dirigirnos hacia este objetivo, me situó en un ambiente determinado: alumnos, ex alumnos, padres y profesores de diversas

comunidades educativas lasalianas. Es decir, me encuentro ante unas personas que, como yo, están intentando dar un sentido a su existencia, de modo que ésta les merezca la pena y puedan vivirla hondamente. Más en concreto, ante personas que, también como yo, tratan —a pesar de sus fallos e incoherencias— de encontrar ese sentido orientado y configurado su ser y su quehacer como creyentes cristianos, tomando para éllo como punto de referencia la vida y los valores de Jesús de Nazaret; que se esfuerzan por irse acercando hacia una densidad más verdadera y plena de creencia, capaz de ir progresiva y totalmente empapando y transformando su vida.

Deseo, en consecuencia, que ésta no sea una reflexión estéril, sino provocadora de unos interrogantes, a los que acompañen pistas de solución comprometedoras y fecundas.

1. Puntos de partida

Llegar a ser persona auténticamente humana debe ser la tarea principal de los seres humanos. A diferencia de los animales, nosotros venimos a este mundo como tarea a realizar. El animal trae un paquete instintivo que orienta su desarrollo; la mayoría de ellos desde el primer momento —y esto lo contemplamos con cierta admiración— se dirigen instintivamente donde pueden encontrar su alimento. Nosotros los seres humanos, nacemos como seres bastante desvalidos. Comenzamos, más bien, nuestra existencia como un quehacer a ir desarrollando a partir de un conjunto de posibilidades en germen, que estamos llamados a convertir en realidades personales. Aquí se fundamenta nuestra dimensión histórica.

Esta tarea es la más importante, porque de ella reciben su sentido y contenido las demás. Es también por este motivo la más exigente: no hay nada realmente importante que se consiga sin esfuerzos; incluso, cuanto más fundamental es una realidad personal, más esfuerzo nos requiere el asumirla como nuestra. Por consiguiente, la tarea de ir siendo verdaderas personas humanas nos exigirá los esfuerzos más importantes. Y es, además, la tarea más larga: engendrar un nuevo ser humano no es simplemente fecundarle y gestarle; necesita básicamente, sí, estos procesos; pero ha de llevar consigo necesariamente toda una prolongada etapa de esfuerzos continuados y de desarrollo progresivo y positivo, hasta que ese ser llegue a tomar su vida individual, social y cósmica en sus propias manos, organizándola consciente, libre, responsable y creativamente.

Para realizar esta tarea fundamental necesitamos unas realidades concretas que vayan dando sentido al conjunto de nuestra existencia personal y social, configurando una conducta o estilo de vida y realizando al ser humano como persona: necesitamos unos valores.

Pienso que dar sentido a la vida es más importante que la vida misma. Ante nuestra existencia humana nos encontramos con tres posibles alternativas: darle sentido con unos valores que verdaderamente merezcan la pena, darle sentido con unos valores equivocados, o no darle ningún sentido. Desde luego, esta tercera alternativa es la más lamentable. Pues, aunque indudablemente la primera es la más deseable por ser la única que personaliza de verdad la existencia humana, entre orientar o entregar la vida desde unos valores equivocados y no darle sentido, es preferible equivocarse confiriéndole alguna orientación vital. Lo peor que puede sucedernos es vivir sin sentido, porque de este modo no llegamos a ser propiamente tales seres humanos. Se trata, por consiguiente, de ir dando una respuesta vital —y ojalá que acertada por ser verdadera— a las preguntas básicas de nuestra existencia personal: por qué y para qué vivimos, quién soy yo y quiénes son los demás, quién o qué impulso ha puesto en marcha nuestro mundo y qué relación tiene aquél con nosotros, qué finalidad tiene el esfuerzo humano, por qué existen el mal y la muerte, si todo termina o no al encontrarnos con ella.

Así pues, entiendo los valores como las respuestas concretas a estas preguntas radicales, desde puntos precisos de referencia, que han ido naciendo a la conciencia de la humanidad a lo largo de su desarrollo y que participan del dinamismo e historicidad de la persona (edad, sexo, cultura, capacidad de captación), etc.), adquiriendo en cada una los matices propios de su subjetividad. Tales valores fundamentan las opciones vitales, tanto personales como sociales, sobre el mundo, el ser humano y la historia. Cabe el riesgo, como acabo de aludir, de que ese sentido y esas respuestas sean equivocadas o no existan, deteriorando e incluso destruyendo en ambos casos la vida humana y social, en vez de construirlas.

Así han ido surgiendo los diversos humanismos, como respuestas diferentes al sentido de la vida. Como opciones antropológicas concretas. Como proyectos específicos de realización humana, basados en concepciones distintas del ser humano, de su vida y de su historia. Entre tales humanismos pueden citarse en la actualidad: el positivista, el marxista, el anarquista, el existencialista, el nihilista y el personalista. Cada uno de ellos ofrece una jerarquización de valores que, según él, constituyen la vida humana y la historia, implicando esta gradación opciones y comportamientos individuales y sociales, junto con una relativización de los valores que no son considerados absolutos.

No es éste el momento de entrar en un análisis pormenorizado y crítico de cada uno de esos humanismos. Como principio general cabe decir que serán más valiosas aquellas opciones que realicen con mayor plenitud a las personas y sociedades, haciendo avanzar el curso de la historia humana en una evolución ascendente.

Es preciso también tener en cuenta que en todos estos enfoques de la vida e intentos de dar sentido a la existencia hay una implicación real y recíproca

de: sistemas de valores, estructuras sociales, sistemas educativos, tipos de persona, tipos de sociedad. No quiero que nos cuestionemos ahora cuál es el primer eslabón de esta trayectoria. De hecho, un determinado sistema de valores genera unas estructuras sociales concretas. Estas promueven unos sistemas educativos característicos, que a su vez originan un tipo preciso de persona. Es este proyecto de persona el que determina un modelo definido de sociedad. Y es del interior de esta sociedad de donde manan los sistemas de valores específicos que dan lugar al proceso señalado.

En este sentido y dada la implicación de todos los elementos de dicho proceso, resulta evidente que cada una de las alternativas que se ofrecen a la escuela de hoy persigue una realización concreta de sociedad, cuya configuración vendrá dada por los valores que cultive, los ideales para los que viva y los fines hacia los que tienda.

Situados en este marco los valores, es importante tener en cuenta que la comunicación de éstos no equivale a una mera transmisión de contenidos teóricos, sino a la proyección misma de la persona que los vivencia. No existen valores abstractos, sino encarnados. De aquí que se comuniquen cultivándolos, viviéndolos, contagiándolos, provocando la experiencia vital de los mismos, ya que apuntan al núcleo del ser de la persona. Esto explica que no existan propiamente crisis de valores —tal como hoy se dice con relativa frecuencia—, sino de personas y de sociedades en su realidad más honda. Pues dichas crisis más que consistir en la ausencia de una ideología bien definida, estriban en la ausencia de experiencias profundas de valores.

Como confirmación de esto, los sondeos y encuestas aplicados más recientemente a la juventud, tanto a nivel internacional como el mismo cuestionario previo a esta Asamblea, nos muestran que la actual situación problemática de los jóvenes no puede interpretarse principalmente a la luz de unos conflictos generacionales, sino que lo que subyace en ella es la comprensión fundamental de la existencia personal y colectiva, la estructuración de la sociedad y, en definitiva, los valores mismos y su jerarquización. En gran parte de nuestra juventud puede constatarse sensibilidad, búsqueda y acercamiento a actitudes y realidades que favorezcan su desarrollo individual y social. Pero junto a esto se detecta una ausencia de modelos de referencia, de identificación y de certidumbres que, en medio del pluralismo de valores, hagan posible un crecimiento de la persona sólido, crítico y armónico.

Desde este horizonte y teniendo en cuenta el presupuesto asentado al principio de que me estoy dirigiendo a un grupo de personas que se esfuerzan por ser creyentes cristianos, podemos preguntarnos si la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret nos ofrecen actualmente unas valores capaces de fundamentar, interpretar y dar sentido a nuestra existencia personal y comunitaria. Si en esta última parte del siglo xx, en nuestras vidas concretas (en el trabajo, en el descanso, de cara al dinero, frente al poder, ante el sexo, en la

interpretación del placer, en presencia del dolor, en nuestra relación con los demás, en nuestra vida de familia, en la vivencia de la libertad, etc.), los valores que presenta el mensaje evangélico pueden ser válidos. Es decir, si podemos dirigirnos al Evangelio con la misma pregunta de aquel joven que se acercó a Jesús: «¿Qué debo hacer para encontrar la vida?»

2. La utopía cristiana y su oferta de valores

Existen abundantes reflexiones e interpretaciones sobre el proyecto de realización humana desde el planteamiento cristiano. Podríamos apoyarnos en estos estudios teóricos para ir recorriendo la escala de valores inherente a la utopía cristiana. Mi pretensión es más sencilla. Deseo que nos acerquemos directamente al contenido evangélico, intentando mostrar una breve síntesis de algunos aspectos que considero nucleares para evidenciar la oferta de valores que desde él se nos brinda. Valores que aparecen encarnados, vivenciados y dando sentido a la existencia concreta de Jesús, al mismo tiempo que capaces de contagiarse a sus seguidores.

- a) La realidad que fue dando sentido al conjunto de la existencia de Jesús, y que él fue transmitiendo a los demás, consistió en la experiencia vital, amorosa y totalizante de *Dios Padre*, como el verdadero y absoluto valor. El vive penetrado, atravesado de arriba a abajo, por esta experiencia. El conjunto de su vida es una referencia continua al amor del padre. De ahí sus repetidas alusiones a la búsqueda y cumplimiento de su voluntad. De ahí también que esta relación vital sea expresión, a través de sus actuaciones y palabras, de un valor absoluto y, por consiguiente, referencial para él: porque el Padre ama de manera previa y gratuita a todos los hombres, él ama e invita al amor; porque el Padre perdona siempre y se alegra por nuestra conversión, Jesús vive el perdón a los enemigos y aliena a hacer lo mismo; porque el Padre es el Dios de los vivos, El se mete en el corazón de la vida para desde ahí vivir todo lo humano en proyección de resurrección; porque el Padre cuida de las aves del cielo y las flores del campo, El vive desde la confianza íntima y plena, animándonos a caminar seguros y esperanzados; porque El es el Padre de todos, Jesús es el hombre para los demás.
- b) Descubrir todo esto y acogerlo es haber encontrado ese tesoro por el que vale la pena comprometerlo y darlo todo, ya que llenando la vida fundamenta su realización más plena y produce la más íntima alegría. Por esto, la manifestación que Jesús nos hace de Dios se convierte en la revelación sobre el *hombre mismo*: hombre es aquel que responde a la invitación del Padre, configurando el conjunto de su existencia de acuerdo con su proyecto de libertad y de amor. Pero al mismo tiempo esta revelación es el estímulo más eficaz para llevar a cabo ese recorrido. Pues saberse buscado, amado y acogido por Dios estimula los resortes y di-

namismos más hondos, positivos y verdaderos del ser humano, situándole ante el valor de responder como hijo. Y esto mismo le impulsa a vivir según una manera de ser y de hacer marcada por ese amor que se le ofrece, traducido en: confianza, libertad, auténtica alegría, acogida, generosidad, fidelidad, servicio, perdón, alejamiento de todo afán de poder, entrega gratuita, no violencia activa..., gracias a esa relación que da a la vida un sentido total.

- c) Abrirse a esta revelación del Dios de Jesús y entrar vitalmente en ella lleva consigo entender el exacto valor de *las demás cosas* para la persona, su adecuada relación con ellas y la gozosa liberación de todo lo que engaña al ser humano respecto a lo verdaderamente valioso de su vida. Desde esta óptica encuentran sentido los contrastes y paradojas del Evangelio: la tensión del perder y el encontrar, del dar y el recibir, de ser el último y el primero, de sufrir y ser dichoso, de ser pobre y poseerlo todo, de querer ser buenos y pasarlo mal, de luchar y sembrar la paz, de ser débil y ser fuerte, de morir para vivir. Y es que la comprensión del carácter relativo de todo en relación con el Absoluto, abre los ojos a la exacta dimensión y valoración de cada realidad y la ama en el acto mismo de perderla. De este modo, perderlo todo lleva al reencuentro real de todo. En consecuencia, el Evangelio promueve un tipo de persona —el hombre nuevo— que es capaz de valorar cada cosa, persona y a sí mismo por lo que verdaderamente es, amándolo sin reservas.
- d) Avanzando en el acercamiento a la síntesis de los valores que van definiendo la utopía cristiana, ¿cuáles son los *rasgos básicos que caracterizan la verdadera vida del ser humano* que proyecta su existencia según la «buena noticia» de Jesús?

Algunos han encontrado la respuesta en un conjunto de expresiones externas que han identificado con el ser cristiano. Sin embargo, hay que afirmar que tal vida no acontece en la realización de meros actos exteriores, ni en la aceptación de determinadas formulaciones teóricas, ni en el cumplimiento de preceptos éticos, ni en la participación en ritos religiosos, ni en la sola pertenencia a unos u otros grupos. Tiene lugar primordialmente en lo más hondo de la vida real del ser humano; en su actitud interior, radical y total: en su «corazón». Aunque esta hondura se concreta ciertamente en determinadas *actitudes básicas* que, a su vez, van confiriendo auténtico sentido al conjunto de manifestaciones en las que la persona se expresa externamente.

2.1. *La actitud de conversión*

El mensaje de Jesús no pretende exactamente cambiar los valores, sino revelar hasta qué punto los seres humanos orientamos nuestra vida según una escala de valores equivocada e inhumana. De ahí que la llamada a la conver-

sión la encontremos desde el comienzo mismo de su predicación, como la disposición primera requerida para comprender los valores que él nos presenta.

Desde esta perspectiva se entiende la conversión como la actitud de quien está dispuesto a aceptar la buena noticia sobre el hombre, porque no es esclavo de valoraciones ya endurecidas y quiere ser eliminado por el mensaje de Dios sobre la vida humana; como la reorientación de nuestros pasos para dirigirlos a lo que originariamente estamos llamados a ser; como el esfuerzo progresivo y continuo por dirigir nuestra existencia hacia el proyecto creacional de Dios sobre nosotros.

Este proceso lleva consigo el dejar todo aquello que no nos construye auténticamente, desprendiéndonos de las categorías erróneas que nos esclavizan y engañan sobre la realidad, para ir entrando en los valores que Jesús propone como realmente constructivos. Implica la adecuada autovaloración del ser humano, reconociendo en primer lugar al Dios vivo que ama al hombre, quedando éste así infinitamente valorado. Y, por otra parte, aceptando su íntima y existencial pequeñez para evitar de este modo toda ridícula seguridad y autosuficiencia. Comporta, en definitiva, un nuevo estilo de vida realizado desde el amor y la libertad.

Esta actitud de conversión, una vez asumida, nos introduce en la adecuada relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la realidad. Es decir, la conversión verdadera culmina en la fe, cuyo anuncio se hace en estilo de llamada a la conversión.

2.2. *Fe viva*

En nuestra búsqueda de los rasgos que caracterizan a quienes asumen la vida según los valores del Evangelio, interpreto la actitud de fe como una respuesta libre y responsable en amor al Dios que se nos ofrece en amor. Un entender y aceptar la imagen que Jesús revela de Dios y del hombre en él. Un acoger a Jesús mismo y, en consecuencia, su mensaje sobre el ser humano, que él encarna en su propia existencia, y vive y anuncia coherentemente hasta su muerte. Un penetrar existencialmente en el núcleo del hombre dibujado en el sermón de la montaña, las bienaventuranzas, el mandamiento del amor, la realidad del perdón, la receptividad del mensaje desde la sencillez, el compromiso con la verdad, el empeño por la auténtica libertad, la tensión vigilante hacia la llamada que se percibe, la perseverancia fiel, el caminar en fraternidad, la apertura de sí mismo hasta la donación de la propia vida, la urgencia de comunicar a otros lo que «se ha visto y oído».

¿Qué comporta la vivencia de esta actitud? En síntesis, requiere la escucha personal, atenta y consecuente de Jesús, con lo que tiene de novedad, de sorpresa, de radicalidad y de escándalo. Implica el íntimo conocimiento expe-

riencial del Dios vivo y del hombre nuevo manifestados por él y en él. Supone la valoración adecuada de la realidad, descubriendo aquellos valores que verdaderamente merecen la pena y desenmascarando aquellos otros en los que equivocada o falsamente tantas veces fundamentamos nuestra existencia. Y, en consecuencia, conduce a orientar la vida toda en sintonía con el proyecto evangélico hallado y acogido, puesto que el lugar donde la persona se identifica ante Dios, ante sí misma y ante los demás es su vida real, no sus afirmaciones teóricas de fe y de fidelidad. Ciertamente, no nos definimos por lo que afirmamos o negamos, sino por los valores según los cuales vivimos.

2.3. *Esperanza activa*

Quiero también que centremos nuestra atención en otra actitud que configura la vida del creyente cristiano: la esperanza.

La esperanza a la que Jesús nos invita como auténtico valor constructivo de la existencia, no podemos identificarla ilusoria e infantilmente con la realización plena de la vida humana en un futuro lejano. Tal enfoque olvida algo nuclear del Evangelio, es engañoso, alienante y falsamente pacificador, transformándose con frecuencia en una justificación solapada para evadir el único lugar donde va dándose la respuesta más verdadera al diseño de Dios sobre la criatura humana: el presente.

Es en este presente donde los seres humanos estamos provistos de unas posibilidades concretas con las que podemos ir construyendo nuestro futuro, conscientes de que éste no será posible sin nuestro esfuerzo. De aquí, la necesidad de entender activamente la esperanza, viviéndola como la penetración en la riqueza de cada presente; como la mirada abierta a la realidad del ahora, cogiéndola comprometidamente para construir el mañana; como la tensión eficaz hacia la realización plena de lo posible en el «aquí» de la vida. En la palabra y presencia de Jesús se reveló el carácter irrepetible de cada presente, como lugar y momento de la llamada de Dios y de la respuesta positiva o negativa del hombre. Por eso, cada instante se pone en juego como momento último.

Es cierto que entre el presente y el Absoluto hacia el que tendemos hay un «entretanto». De acuerdo con lo que acabo de decir, éste no supone una época de tensión disminuida, ni es un momento de pausa, ni de pasiva expectación de esa situación más plena. La densidad de este «entretanto» queda iluminada por ambos extremos.

El estilo de vida que se sigue de esta esperanza activa genera una actitud que en el ahora histórico lleva consigo la orientación del hombre hacia Dios como valor absoluto de la vida; que entiende y ama la propia existencia hu-

mana y la de los demás, creando en cada situación la decisión y actuación adecuada; que ante las llamadas de la realidad no «pasa de largo»; que corrige las falaces y mediocres ilusiones que pueden alimentar sueños vanos del hombre, impropios de él, para lanzarle hacia la creación, compartida con Dios, del futuro al que está llamado.

2.4. *El amor concreto*

La fe y la esperanza de que venimos hablando encuentran su necesaria concreción y su máxima expresión en el amor, que es el único estilo de vida de acuerdo con el Evangelio.

El uso indiscriminado y abusivo de esta palabra y la falta de vivencia auténtica de lo que entraña, la han ido vaciando en gran medida de su contenido más hondo y verdadero. En nuestro mundo, marcado por diversas comprensiones e interpretaciones del amor —incluso a veces por la tácita o expresa convicción de que es imposible e ineficaz— el Evangelio lo sigue proclamando hoy como realidad posible y la más creadora de genuina humanidad.

El amor es el concepto y la realidad central del Nuevo Testamento. Jesús presenta a Dios no como el soberano que impone su voluntad a los seres humanos, sino como el Padre que nos ama siempre e ilimitadamente, llamándonos a vivir en su mismo amor. El hombre que se sabe aceptado y amado así por El, está situado ante la alternativa de dar o no una respuesta libre y responsable.

Jesús sobre esta realidad nuclear más que argumentar valora, presentando el amor como la remodelación más radical y positiva de la vida; como la tarea principal de la existencia humana; como la expresión más intensa y elocuente del propio ser. De ahí que su mandamiento del amor no deba entenderse simplemente como el primero entre otros, sino como el fundamento primordial que unifica a todos. Y de ahí también que el cristiano es el que acepta el amor como la fuerza orientadora y transformante de su vida, y lo vive desde la perspectiva y el estilo de Jesús.

Este amor cristiano es un amor histórico, que se identifica con la vida. Se juega en la opción de cada hombre sobre sí mismo, en el núcleo de su yo libre, allí donde puede poseerse y tomar sus decisiones. Se traduce en una existencia coherente consigo misma, y vivida para Dios y para los demás. Por eso, su verificación se realiza en el ámbito de lo concreto. Por consiguiente, para penetrar en su hondura no hay que alejarse de este mundo, sino asumirlo con todas las consecuencias.

El creyente que vive de este modo el amor, al referirlo a Dios no lo vincula única ni principalmente a expresiones culturales o virtuosas, sino que lo ma-

nifiesta en una relación de comunión personal con El y en la confesión de toda su vida, concretada en una aceptación y valoración de los demás con sus grandezas y limitaciones; en un conocimiento cercano y práctico de sus necesidades: hambre, sed, desnudez, soledad, dolor, injusticia, etc.; en un trabajo eficaz por su bien real; en una donación generosa y gratuita que omite el juicio condenatorio, perdona las ofensas, se ofrece en sincero espíritu de servicio, está al lado del más débil y pequeño, trabaja por la paz y la justicia, evita el escándalo entendido como la promoción de un camino contrario al de la verdad, detecta y alienta los valores creadores de nueva humanidad allí donde se encuentren, promueve una convivencia social-humana basada en la mutua ayuda, el respeto y la libertad. Como resultado, este amor evidencia los posibles planteamientos falaces de la vida, al mismo tiempo que resume, visibiliza y estimula los rasgos que configuran al ser humano tal como se perfila en la oferta de valores de Jesús de Nazaret.

3. A modo de conclusiones

A lo largo de la exposición de las realidades que hemos ido recorriendo, he intentado que fuesen quedando ya acentuadas las conclusiones más significativas. Ahora quiero sólo añadir brevemente algunas reflexiones que las reafirmen y completen:

- El Evangelio presenta la auténtica vida del hombre según el valor absoluto Dios. Sus líneas básicas no piden obediencia, cumplimiento o temor, sino aceptación de la imagen del hombre que vive según Dios Padre, revelada en la vida y palabra de Jesús.
- Su mensaje no trata de promover un estilo de vida más allá o al lado de otros posibles, sino que pretende orientar hacia la verdadera vida del hombre. No se trata de un nivel superior o distinto, sino del único en el que el ser humano encuentra la vida.
- De ahí que el Evangelio lleve consigo la recuperación del hombre, oponiéndose únicamente a cuanto impide su verdadera realización o le destruye: el egoísmo, el olvido del otro, el orgullo, el desprecio de los demás, el engaño sobre sí mismo, etc. Presenta dos alternativas ante la vida humana: la adecuada y la errónea; describe lo realmente salvado o perdido; pone en evidencia la distancia entre el hombre real y el hombre como tal; es revelación del misterio escondido en toda vida humana y rechazo de lo inhumano; presenta el campo de la realización definitiva y perfecta, utópica, que llama constantemente al ser humano.
- Ser cristiano no consiste principalmente en adherirse a unos dogmas, cumplir unas leyes y celebrar unos sacramentos, sino en el intento de vivir con racionalidad nuestra vida, programándola de acuerdo con los

valores que vivió y nos presentó Jesús, unidos en su Espíritu y entre nosotros.

- Para adentrarnos en los valores que nos construyen como verdaderas personas necesitamos espacios de contemplación, «sabiduría» y compromiso total en su vivencia.
- Nuestra vida, si es auténticamente humana, tendrá unas implicaciones constructivas social y cósmicamente.
- El mejor servicio que cada generación puede ofrecer a la juventud en una época histórica determinada es el esfuerzo de buscar y compartir con ella, no sólo el contenido de los valores que dan sentido a la existencia, sino también las formas concretas en las que éstos se encarnan y se comunican.
- La transmisión de valores no se realiza a través de contenidos teóricos, sino en la comunicación personal de quien los vivencia y traduce en experiencia vitales, creando al mismo tiempo un clima de cultivo y respeto a esos valores que constituyen al ser humano como persona. De ahí la importancia de la calidad de ser de los padres y educadores.
- La educación en los valores no es, pues, una asignatura, sino un proceso que acompaña y penetra el conjunto de realidades que van configurando el hacerse de la persona. Esto implica la necesidad por parte de padres y educadores de vivir ellos mismos y en sus ambientes esos valores, y de educar capacidad para percibirlos, discernimiento para elegirlos, creatividad para expresarlos, libertad y compromiso para vivenciarlos.
- La escuela cristiana no ha de ser transmisora de cosmovisiones desde intereses meramente utilitaristas o de poder, y menos aún perpetuadora de valores negativos, sino descubridora y potenciadora de los valores positivos que crean auténtica humanidad desde el Evangelio.
- Un sistema de valores existencialmente asumido tiende necesariamente a buscar su expresión significativa en signos, comportamientos y estilos de vida concretos. En el verdadero creyente cristiano ha de suceder así con la conversión, la fe, la esperanza, el amor, las bienaventuranzas, el servicio, la paz, la alegría, etc.
- Al ser cristiano le es constitutiva su dimensión eclesial en la que, unidos en el Espíritu de Jesús, en cada momento histórico los creyentes han de detectar, promover y comprometerse con los valores que construyen persona y comunidad, denunciar los contravalores y ofrecer en sus vidas la utopía del Evangelio, como la alternativa más valiosa a nuestra actual sociedad.

— Para terminar, ante esta utopía cristiana cabe preguntarse, ¿podemos los seres humanos, al menos la mayoría, llegar a vivirla? Para el creyente cristiano la respuesta más acabada, vital, ejemplar y concreta es Jesús de Nazaret.

Cuestiones para el trabajo en grupos

1. La utopía evangélica ¿es accesible a todos, a muchos, a pocos, a ninguno?
2. ¿Qué presupuestos personales y comunitarios se necesitan para comprender la opción, el programa (Bienaventuranzas) y el estilo de Jesús de Nazaret?
3. ¿Qué valores encontramos en el Evangelio y que serán más urgentes para nuestra comunidad educativa?
4. ¿Cómo concretar en nuestro ambiente los pasos necesarios para que la utopía de Jesús sea más realidad?
5. Valores y contravalores, a la luz del Evangelio, de la opción «escuela pública» y «escuela privada». ¿Por cuál optamos como más cristiana?